

Territorialidades barriales en la ciudad contemporánea



Territorialidades barriales en la ciudad contemporánea

Núcleo Interdisciplinario "Territorialidades
Barriales en la Ciudad Contemporánea"

Comité editor

Florencia Rehermann, Alicia Rodríguez, María Eugenia Viñar,
Aline Da Fonseca, Marcelo Pérez Sánchez, Gustavo Machado, Laura Bozzo,
Gonzalo Pérez Monkas, Gianina Rivero, Rossina Yuliani, Daniel Fagúndez



Espacio Interdisciplinario
Universidad de la República
Uruguay



Comité editor:

Florencia Rehermann, Alicia Rodríguez, María Eugenia Viñar, Aline Da Fonseca, Marcelo Pérez Sánchez, Gustavo Machado, Laura Bozzo, Gonzalo Pérez Monkas, Gianina Rivero, Rossina Yuliani, Daniel Fagúndez.

Responsable operativa de la publicación: Florencia Rehermann

Colaboradoras: estudiantes pasantes en el NI TEBAC: Gianina Rivero y Rossina Yuliani.

Unidades académicas y servicios involucrados que conforman el NI TEBAC: Espacio de Formación Integral "Interdisciplina, Territorio y Acción Colectiva" (Instituto Superior de Educación Física, Facultad de Psicología y Facultad de Ciencias Sociales); Laboratorio Transdisciplinario de Etnografía Experimental (Facultad de Ciencias de la Información y la Comunicación, Facultad de Psicología y Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo); Equipo de Evaluación de Programas y Tecnologías para la Vivienda Social del Instituto de Construcción, y el Instituto de Teoría y Urbanismo (Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo); Diploma en Estudios Urbanos e Intervenciones Territoriales (Facultad de Ciencias Sociales); Programa Integral Metropolitano (Comisión Sectorial de Extensión y Actividades en el Medio); Programa Apex-Cerro; y Grupo de Estudios sobre el Territorio, Hábitat y Acción Colectiva (ETHAC, Facultad de Psicología).

Evaluadores/as externos/as al NI TEBAC:

Sebastián Aguiar, Martín Caldeiro, María Cantabrana, Hernando Carvajalino, Mauricio Ceroni, Adela Claramunt, Gonzalo Correa, Pablo Cruz, Jorgelina Di Iorio, Ana Domínguez, Adriana Goñi, Lisette Grebert, Ricardo Klein, Mariana Menéndez, Walter Morroni, Daniela Osorio, Georgina Ramírez Sandoval, Marcelo Rossal, Gerardo Sarachu, Inés Scarlato, María Noel Sosa, Humberto Tommasino.

Fotografía al inicio de Barrio y barrialidad: Lic. Gerardo Barbieri

Fotografía al inicio de Fronteras interpeladas: María Schmukler

1ª edición, 2019

© Universidad de la República

Diseño de tapa

Mastergraf

Edición gráfica

Mastergraf

Corrección

Nadia Rivero - Mariana Soria Álvarez

Impresión y encuadernación

Mastergraf S.R.L.

Bvar. Artigas 4678

Tel.: 2303 4760*

Montevideo - Uruguay

Depósito Legal: 376.411

Comisión del Papel

Edición amparada al Decreto 218/96

ISBN: 978-9974-0-1691-0

Impreso en Uruguay

Presentación

El Núcleo Interdisciplinario «Territorialidades Barriales en la Ciudad Contemporánea» (NI TEBAC, 2017-2019) se enmarca en el Espacio Interdisciplinario de la Universidad de la República. En él convergen diversas unidades académicas involucradas en la producción de conocimientos sobre la vida en la ciudad que se sintieron convocadas para abordar en forma conjunta la cuestión de las territorialidades barriales.

Son ocho las unidades académicas que conforman el Núcleo, siete los servicios universitarios involucrados y diez las disciplinas representadas. En la búsqueda de abordar la complejidad de la temática, la mayoría involucra distintas disciplinas, lo que deriva en formas singulares de articulación que producen diversas perspectivas acerca de lo urbano y sus configuraciones territoriales. Por lo tanto, la conformación del Núcleo nos enfrentó al desafío de articular distintos grupos interdisciplinarios, en la convicción de la riqueza potencial de poner a dialogar diversos enfoques teóricos y categorías conceptuales para abordar fenómenos empíricos comunes. Lejos de reducir la diversidad desplegada, se trataba de producir una nueva red de conocimientos para construir respuestas oportunas ante los problemas de la ciudad contemporánea.

En sus inicios, el constructo *territorialidades barriales* se constituyó en una suerte de solución de compromiso que nos permitió encontrarnos en torno a la preocupación por las relaciones de proximidad en el espacio urbano. Estas últimas han sido concebidas desde distintas categorías conceptuales: barrio, comunidad, territorio, entre otras. A partir de la problematización de estas nociones, la de *territorialidades barriales* fue tomando cuerpo y siendo conceptualizada como una categoría que busca dar cuenta de las distintas dimensiones y procesos involucrados en el habitar espacios de proximidad geográfica. Este énfasis se inscribe en la complejidad de las transformaciones territoriales en las ciudades contemporáneas y revela la preocupación por la creciente segregación territorial y segmentación en ellas, así como también por la desigualdad urbana que interpela la sustentabilidad de la ciudad.

Habitar disidente, espacio y subjetividad

Fernando Vanoli¹

*Habitar significa dejar huellas
(Walter Benjamin, 2005, p. 44)*

Fernando Vanoli. Licenciado en Arquitectura (2011) y doctorando en Estudios Sociales de América Latina por la Universidad Nacional de Córdoba. Becario doctoral del Conicet, integra el Instituto de Investigación de Vivienda y Hábitat (UNC) y el Grupo Interdisciplinario de Estudios sobre el Hábitat. Línea de investigación: espacio, hábitat y ecología política.

Resumen

Este trabajo sitúa su argumentación en el espacio como campo de estudio, bajo el supuesto de que compone un elemento que incide en la producción de subjetividad, en mayor medida para la alienación, pero también habilitando singularidad. En ese sentido, trazamos relaciones entre el espacio y las personas, vinculadas a la subjetividad y el habitar. En otras palabras, se intenta revisar las posibilidades de disidencia de los condicionamientos espaciales hegemónicos, considerando que la subjetividad juega un rol central en los vínculos entre dominación y disidencia. Las personas se inscriben en el espacio, a la vez que lo producen (Lefebvre, 2013), hallamos en ese proceso la noción de habitar, que nos permite dar cuenta de las resistencias que pugnan por recuperar el sentido vital del espacio, expropiadas por los avances del capital. Concluimos en la posibilidad de concebir un habitar disidente como síntesis de estos procesos.

Introducción

El desarrollo de este trabajo intenta cartografiar relaciones entre espacio, subjetividad y habitar, bajo el supuesto de que el espacio es un elemento que incide en el proceso de producción de subjetividad, en mayor medida para la alienación, pero también habilitando singularidad. En otras palabras, revisar las posibilidades de disidencia de las determinaciones espaciales hegemónicas, considerando que la subjetividad juega un rol central en las relaciones que se generan entre dominación y disidencia. En ese sentido, retomamos la producción de subjetividad como proceso inherente al habitar en la dimensión de la vida cotidiana (Pichon-Rivière y Pampliega de Quiroga, 2012).

¹ Contacto: ferna.vanoli@gmail.com

Esta relación la trazamos a partir de visibilizar la dimensión de lo cotidiano que, para Lefebvre (2013), se expresa en como las y los sujetos se inscriben en el espacio a la vez que lo producen, proceso en el cual hallamos la noción de habitar (Stavrídes, 2007, 2016; Ingold, 2011; Duhau y Giglia, 2008). Esta última refiere a las prácticas cotidianas y nos permite dar cuenta de las resistencias que pugnan por recuperar el sentido vital del espacio, expropiados por los avances del capital. Lo cual, nos permite concluir en la posibilidad de concebir un habitar disidente como síntesis de ese proceso.

Lo desarrollado aquí obedece a un orden molecular, como aproximación a una escala donde podemos observar los devenires de las resistencias y, entre otras cosas, contra la serialización de la subjetividad (Guattari, 2013). Teniendo en cuenta que también existe un orden molar, y ambos constituyen aproximaciones distintas de un mismo proceso. Lo molar refiere a los sistemas y delimitaciones, mientras lo molecular es el orden de los flujos y los devenires (Guattari, 2004). Si bien partimos del estudio de este último, ambas escalas se asocian en una relación de atravesamientos. A diferencia de la dicotomía macro/micro, no existe lógica de contradicción entre molar y molecular. En ese sentido, el orden molecular, también es una referencia espacial, un plano espacio-temporal donde se habilitan movimientos de disidencia y transformación.

A propósito del espacio

La dimensión espacial exige de una compleja comprensión del fenómeno, principalmente en su carácter de espacio social. Siguiendo a Lefebvre (2013), la producción del espacio, consta de una perspectiva espacial de acciones, relaciones y prácticas sociales. El autor realizó las primeras aproximaciones a la producción social del espacio, recordando que «las relaciones sociales poseen una existencia social en tanto que tienen existencia espacial; se proyectan sobre el espacio, se inscriben en él, y en ese curso lo producen» (2013, p. 182). Esta definición, es parte de la matriz que organiza varios aspectos de este trabajo.

De un modo similar, Santos plantea que el espacio no puede ser considerado por fuera de un conjunto del que son parte «por un lado, cierta disposición de objetos geográficos, objetos naturales y objetos sociales, y por otro lado, la vida que los llena y los anima, la sociedad en movimiento», a lo que agrega que «el contenido (de la sociedad) no es independien-

te de la forma (los objetos geográficos); cada forma encierra un conjunto de formas, que contienen fracciones de la sociedad en movimiento. Las formas, pues, tiene un papel en la realización social» (1996, p. 28). La lectura de Santos articula la idea de una disposición, que entendemos como la organización molar, y una perspectiva de vitalidad, que se acerca a lo molecular, además, señala que forma y contenido no son independientes, en sintonía a lo que Lefebvre propone cuando dice que son las relaciones sociales las que también producen espacio.

Ahora bien, las relaciones sociales o la sociedad no conforman ni un conjunto armónico, ni homogéneo. Siguiendo con Lefebvre (2013), opone a una producción racional dominante del espacio, una potencia disidente de producción desde lo cotidiano. El autor elabora un proceso concebido como una tríada conceptual: la práctica espacial, las representaciones del espacio y los espacios de representación. Es decir, el espacio consta de una *práctica espacial*, en tanto síntesis del espacio que implica una experiencia tanto de producción como de reproducción, esto lo concibe como el *espacio percibido*. Esta síntesis es resultado de las otras dos categorías planteadas como las *representaciones del espacio* y los *espacios de representación*. La primera hace referencia al *espacio concebido* por planificadores; es el espacio del orden dominante en cualquier sociedad. La segunda tiene que ver con el *espacio vivido*, es decir, el espacio de quienes habitan, en tanto experimentan y modifican el espacio dominado.

En otras palabras, Soja actualiza la tríada concebido-percibido-vivido, como primer, segundo y tercer espacio, dice: «La existencia de una forma de concebir la producción social de espacialidad humana que incorpore las perspectivas del primer y el segundo espacio, al mismo tiempo que amplíe el alcance y la complejidad de la imaginación geográfica o espacial» (2008, p. 40). Para el autor, el espacio concebido es el mundo cuantificable y medible. El espacio percibido sería el experimentado subjetivamente, siendo el imaginado o imaginable que se materializa solo a través de representaciones. Mientras que el espacio vivido es considerado el más complejo ya que no se deja reducir ni por medidas ni por el trabajo simbólico o imaginativo.

La perspectiva a partir de quienes lo habitan y producen desde la disidencia es uno de los puntos que más nos interesa. Estos aportes nos conducen a conceptualizar el complejo fenómeno del espacio, más aún cuando este se torna clave en los procesos de acumulación de capital y en las relaciones de dominación que lo sostienen. Pero, sobre todo, nos habi-

lita a no perder de vista que si producimos el espacio también podemos transformarlo (Massey, 2007).

El habitar como clave del espacio y la vida cotidiana

Decimos que la dimensión social del espacio cobra existencia a partir del tiempo, es decir, «a través de los ritmos que se derivan del acto de habitar» (Stavrides, 2016, p. 34). La variable del tiempo, en tanto se expresa en el espacio, nos permite hablar de lo cotidiano y conlleva una primera referencia al habitar.

La vida cotidiana fue analizada por Marx y Engels (1970) desde una perspectiva estructuralista a partir de la noción de la praxis humana como contrapunto de la teoría macrohistórica sobre los modos de producción. Para ellos, la relación entre ambas escalas se haya en la crítica a que las estructuras deben ser interiorizadas por los individuos para que ambos puedan funcionar. Es decir, la dialéctica entre lo universal y lo particular que evita tanto un voluntarismo individual como un determinismo económico. El modo de producción condiciona la vida cotidiana de las personas pero, a su vez, el sistema depende de ellas, de la organización de las rutinas diarias sobre las cuales se asienta el orden económico (García, 2005). Si bien para Marx y Engels en esta dialéctica se dan las condiciones de su propia destrucción², predomina una mirada de la cotidianeidad como alienación.

Estas comprensiones derivan en conceptualizaciones en torno al habitar urbano, concebido como la reiteración de prácticas cotidianas, signado por la concepción del espacio de la ciudad occidental de principios del siglo XX: una gran máquina que se manifiesta a la par de la expansión de las industrias, además de la obsesión del orden característico de la planificación y arquitectura moderna, particularmente bajo dogmatismos generados a partir de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM). Con el sesgo funcionalista, las personas se concebían como universales, el fuerte impacto que tuvo el movimiento moderno en arquitectura y urbanismo se refleja en esos sentidos. La casa como la *máquina de habitar* (Le Corbusier, 1998) refiere a la vivienda como lugar donde se habita, trabaja, cultiva el cuerpo y el espíritu, y se circula, es la misma referencia de las cuatro funciones que

2 En referencia a las insuficiencias del capitalismo para satisfacer las necesidades diarias.

el urbanismo moderno determinó para organizar la ciudad en la Carta de Atenas³. Consideraban que el esquema funcionalista volvía obsoleta la arquitectura y la ciudad que hasta ese momento se concebía, y que nuevos espacios debían responder a nuevas formas de vidas, las cuales devenían de la función maquínica. Sin embargo, estas formas de habitar propuestas eran concebidas por lógicas molares, y debían ser aprehendidas por las personas con cierta imposición.

Una nueva escala de ciudad es incorporada a la dinámica global que, tiempo más tarde, Mumford (1966) criticó como una *megamáquina*. La vida social es organizada e interpretada como un fenómeno repetitivo en clave de lo cotidiano. Estos ritmos mecánicos, a su vez, se apoyaban en ciclos naturales, como la duración del día y las estaciones. Para ese entonces, la comprensión del habitar estaba marcada por una lógica de la reproducción de las determinaciones de la estructura dominante.

A partir de los años sesenta y setenta, la producción en torno a este debate tiene un quiebre. Dos autores claves que trabajan la noción de vida cotidiana desde el marxismo y generan nuevos aportes son Agnes Heller y Henri Lefebvre, quienes han desarrollado el componente rutinario, repetitivo y enajenante, pero haciendo algunas exploraciones sobre la capacidad transformadora de lo cotidiano. Heller (1987) sobre todo en «sociología de la vida cotidiana», y Lefebvre a lo largo de varios trabajos, con énfasis en el estudio del espacio en relación a lo cotidiano. Otro clásico sobre el tema es aportado por De Certeau (1996), con «la invención de lo cotidiano» que, a la inversa de Heller y Lefebvre, enfatiza la posibilidad de creación dentro de las rutinas. Es decir, concibe lo cotidiano hacia el interior de las estructuras de la sociedad, pero pone en discusión la noción de usuarios condenados a la pasividad y a la disciplina, y propone una visión en la cual se apropian del espacio organizado y modifican su funcionamiento, esa modificación es planteada en términos de creatividad. Aporta la palabra «táctica» como concepto que define «maneras de hacer» cotidianas. De esta manera existe una producción propia de las y los sujetos más allá del uso o consumo que los define bajo la condición de dominación.

3 Manifiesto de urbanismo surgido en el IV CIAM de 1933.

A partir de esto, nos interesa reconocer que «cotidianidad es la manifestación inmediata, en un tiempo, en un ritmo, en un espacio, de las complejas relaciones sociales que regulan la vida» (Pichon-Rivière y Pampliega de Quiroga, 2012, p. 12). Sin embargo, la percepción de este cotidiano se mistifica como una fuerza de dominación a favor de los intereses de los sectores hegemónicos en la sociedad. Una distorsión que encubre que en lo cotidiano y la organización social, «hay una gran heterogeneidad de experiencias, de recursos, de condiciones de vida, de hábitat, en consecuencia, una heterogeneidad de cotidianidades» (2012, p. 15). Este fenómeno es denunciado por Lefebvre (2013) cuando habla del espacio abstracto, que se concibe y se organiza bajo mecanismos que impugnan lo diferencial, pero que nunca lo logran del todo.

En términos conceptuales, continuidades y rupturas se generan en torno al campo de lo cotidiano y el habitar conocidas bajo la crítica de la vida cotidiana (Lefebvre, 1991; Pichon-Rivière, 1970; Stavrides, 2007), particularmente, habilitando un espacio para la creación en el ritmo de lo cotidiano. Esto brindó una nueva manera de estudiar la experiencia social del espacio y una nueva forma de concebir la noción de habitar: «Si la vida cotidiana no es sólo un lugar de reproducción social, sino que además contiene prácticas de autodiferenciación o de resistencia personal o colectiva, entonces se pueden encontrar espacialidades moleculares de resistencia de la otredad dispersadas por la ciudad» (Stavrides, 2016, p. 119). Aquí la clave se encuentra en que el habitar continúa siendo una acción cotidiana que implica ritmos y repeticiones, no obstante, el ritmo también funciona como una diferenciación, o como una experiencia singular de la repetición. Los ritmos implican repeticiones, pero pueden también entenderse como diferencias dentro de la repetición (Lefebvre, 2004). Refiriéndose a que ese movimiento no es necesariamente una reproducción.

Esta articulación pone en juego dos elementos: el tiempo como variable constante de cambio y la incorporación de la memoria como factor significativo. En primer lugar, si el espacio desde una perspectiva unidimensional aparece como estático (la abstracción del espacio material como fenómeno aislado), la variable tiempo hace que siempre sea distinto a partir de la experiencia social que lo habita. En consonancia a lo señalado por Pichon-Rivière, Stavrides menciona que la rutina

de la vida cotidiana nos hace percibir que un espacio experimentado cotidianamente es siempre igual, sin embargo, el tiempo hace que cada día sea distinto. Podríamos decir que existe un movimiento que combina puntos en el espacio con puntos en el tiempo, ambos son distintos, aunque cuando decimos que algo es repetitivo le estamos atribuyendo similitud a esos puntos, «sea lo que sea aquello que nos parece que siempre acaba sucediendo “otra vez”, de hecho está sucediendo inevitablemente y necesariamente, tan solo una vez» (Stavrides, 2016, p. 69).

La memoria es una variable que habilita una ruptura en la similitud de lo repetitivo, dicho de otro modo, la memoria posibilita lo inverso, la diferenciación. Existe entonces la posibilidad de agencia cuando incorporamos la variable de la memoria, ya que esta tiene la capacidad de identificar mediante la comparación las diferencias del ritmo: «ese poder de la memoria permite al ritmo formar parte del proceso de creación» (Stavrides, 2016, p. 70). Es decir, la memoria permite una ruptura en lo que en apariencia serían actos sujetos a reiterativos, «quizá podamos reconocer el carácter rítmico de la diferenciación más que el de la repetición» (Deleuze y Guattari, 2002, p. 346). Los espacios que habitamos cotidianamente «no solo existen sin más, sino que son diferentes cada vez que forman par de nuestra experiencia, entonces la vida cotidiana puede convertirse en un lugar potencial para la emergencia de creatividad» (Stavrides, 2016, p. 71).

A partir de esto, las conceptualizaciones del habitar reconocen esta capacidad de agencia en las prácticas cotidianas. Trabajos actuales reivindican esta relación entre espacio y sujeto, en la dialéctica de reproducir y agenciar, que es utilizada para complejizar tanto la noción de espacio, como la de habitar. Entre ellos, Ingold (2011) plantea que habitar no supone simplemente la ocupación de las estructuras ya construidas, sino que involucra la forma en que los habitantes producen y despliegan sus propias vidas. También, Duhau y Giglia (2008), plantean un proceso abierto de prácticas y representaciones, a través del cual el sujeto se ubica dentro de un orden espacio temporal y al mismo tiempo lo define.

Nos interesa particularmente el trabajo de Álvarez Pedrosian y Blanco Latierro, quienes retoman un clásico del habitar, «Construir, habitar, pensar» de Heidegger, y en otra dirección, plantean «Componer,

habitar, subjetivar». El movimiento que realizan es el de reactualizar el proceso de habitar hacia el campo de la subjetividad, señalan que «los vínculos, el lazo social desde lo compartido, los sentidos comunes y la dimensión política del sujeto en su acción construyen subjetividades y, desde allí, habitares», los elementos que constituyen el habitar están en la vida cotidiana, donde advierten que «los usos y sentidos compartidos a los que estamos habituados; el sentido común, tan natural e incuestionado construye automatismos, mecanismos reproductivos que aplastan el sentido vital, sofocan la creatividad y obturan la posibilidad de transformación» (2013, p. 10). También incorporan el trabajo de Pichón-Riviere (1985) para plantear los mecanismos de desnaturalización y cuestionamiento de lo dado para transformar creativamente la realidad como parte del proceso mismo de habitar.

A propósito de la subjetividad

En una perspectiva general, comprendemos que la producción de subjetividad es un proceso continuo de formas de hacer, pensar, percibir, afectar, de prácticas que producen y reproducen significados y que encuentran ciertos grados de objetivación en sus representaciones: discursivas, de ordenamiento del territorio, edilicias, tecnológicas, etc. (Deleuze y Guattari, 2002). Sintéticamente diremos que compone un proceso, siempre en movimiento, que nos constituye cotidianamente como personas en un sentido multidireccional, «sujeto como emergente, producido en una complejísima trama de vínculos y relaciones sociales. Producido y emergente, en tanto determinado, pero a la vez productor» (Pichon-Rivière y Pampliega de Quiroga, 2012, p. 11). Gago aporta que «las subjetividades tienen que ver siempre con prácticas, con estructuras que son prácticas articuladas y con discursos que son siempre dimensión de la práctica» (2014, p. 16). Es decir, hay una relación entre quienes somos, donde estamos, lo que hacemos y lo que decimos, que se trama constantemente con nuestro medio.

De allí que Guattari y Rolnik (2013) plantean que la producción de subjetividad se desarrolla en procesos doblemente descentrados de las y los sujetos, no existe subjetividad totalizada en un individuo, sino una multiplicidad de agenciamientos contenidos en un registro social. Este proceso puede comprenderse como un mecanismo que pone en conexión diferentes instancias de la subjetividad, y son doblemente descentrados por que implican máquinas de expresión extrapersonales (econó-

micas, sociales, tecnológicas, espaciales, comunicación de masas, etc.) o infrapersonales (percepción, sensibilidad, deseo, ideas, biológico, etc.):

El modo por el cual los individuos viven esa subjetividad oscila entre dos extremos: una relación de alienación y opresión, en la cual el individuo se somete a la subjetividad tal como la recibe, o una relación de expresión de la subjetividad, produciendo un proceso [...] de singularización (Guattari y Rolnik, 2013, p. 48).

Esto que conciben como singularización, se vincula a lo que Deleuze menciona como el devenir revolucionario de las y los sujetos que habita en la subjetividad, en tanto da lugar a la creación. El autor explica que la producción de subjetividad es «la operación mediante la cual [...] las comunidades se constituyen como sujetos al margen de los saberes y de los poderes establecidos, lo que puede dar lugar a nuevos saberes y poderes» (Deleuze, 1996, p. 214). La singularidad de las y los sujetos es la dimensión vital, sin producción de singularidad no hay posibilidad de agenciamiento, de transformación de lo establecido. Las máquinas *extrapersonales* funcionan en su mayoría como un elemento a favor de las relaciones de las estructuras de dominación, que someten a las y los sujetos a relaciones de alienación, de sujeción con esa estructura.

De la relación entre subjetividad y el orden molecular, surge lo que Guattari denomina como revoluciones moleculares, haciendo referencia a estas resistencias contra la serialización de la subjetividad, es decir, procesos de singularización que, aun cuando sean tentativas que acaben frustradas, dan cuenta de una ruptura con la producción de subjetividad dominante.

Una lectura sobre la subjetividad como clave de la relación entre espacios y sujetos

Cuando nos planteamos el objetivo de trazar una relación entre espacio y habitar, a partir de la subjetividad, tenemos el propósito de revisar las posibilidades de disidencia de condicionantes espaciales hegemónicas, considerando que la subjetividad juega un rol central en las relaciones que se generan entre dominación y disidencia. En este caso, el espacio es un elemento que funciona en la dimensión *extrapersonal* del proceso de producción de subjetividad, en términos de Guattari, «la edificación y la ciudad constituyen tipos de objetos portadores de funciones subjetivas» (2015, p. 46).

Sucede que, en la fase neoliberal del capitalismo, los poderes que regulan la sociedad ya no sólo ocupan espacios institucionales, económicos, culturales y sociales, sino que, además sus formas de dominación se renuevan continuamente para sostener los procesos de acumulación de capital a partir de patrones de subjetividad dominantes que producen efectos de sujeción y lo mantienen vigente. En ese sentido, planteamos que además del avance histórico del capital sobre el espacio (Harvey, 2004), también se impone un orden subjetivo sobre este necesario para su sostenibilidad.

Según la propuesta de Deleuze y Guattari, bajo estas relaciones de dominación los espacios contienen funciones subjetivas de alienación y serialización. Con el cuidado de no caer en determinismos espaciales, el interés es conducir esta discusión hacia las posibilidades de analizar las experiencias de un habitar disidente de la dominación y su relación con el espacio. Es decir, plantear la relación que existe entre condicionamientos espaciales y la posibilidad de las y los sujetos de disentir y recuperar el sentido vital del espacio.

En un estudio que Guattari (2013) le dedica a la urbanización, plantea que la ciudad produce el destino de la humanidad, no solo por cuestiones demográficas evidentes⁴, sino también por su rol en el capitalismo global. En ese sentido, también plantea que las ciudades se volvieron grandes máquinas productoras de subjetividad, y para recomponer la tierra para que sea humanamente habitable es necesario cambiar la forma de hacer urbanismo, en el marco de la reinención de la economía, las prácticas culturales y sociales y, particularmente, rehabilitar la singularidad. Lo cual significa centrar la discusión en la subjetividad, tan es así que el trabajo en cuestión lo nombra como «la restauración de la ciudad subjetiva», como respuesta al diagnóstico sobre la «subjetividad amenazada de petrificación» (2015, p. 30) en la vida urbana. El autor continuamente delimita flujos entre las escalas molares y moleculares a través de la subjetividad, el capitalismo no solo nos despoja materialmente, nos enferma y acaba con la vida, sino que también condiciona nuestra subjetividad a diario.

A riesgo de digresión, vale la pena introducir los aportes que realiza la antropóloga Rita Segato, ya que agrega claridad a la idea que se

⁴ Actualmente, el 55% de la población mundial vive en ciudades, y se estima que para el año 2050 será un 13% más (Naciones Unidas, 2018).

intenta transmitir. En una entrevista, la autora da cuenta de la manera en que la ciudad de Buenos Aires constituye un claro ejemplo de esta relación entre espacio y subjetividades alienantes. Otrora habitante de esa ciudad, la antropóloga señala que su pensamiento es un reencontro constante con Tilcara (provincia de Jujuy), lugar donde reside hace varios años, es «una fuente de inspiración y de preguntas» (Canal Encuentro, 2017: 13:50) que no existían en su vida en Buenos Aires, donde remarca que todo aparentaba estar resuelto como en un manual. En la misma entrevista, agrega: «Cuando llegué [a Tilcara] quedé espantada porque había que ir todos los días al mercado, yo no, yo voy al supermercado y compro para un mes y no gasto más tiempo en eso», y luego reflexiona que «el mercado es el lugar de la sociabilidad, es el lugar donde uno conversa, dice buen día, muestra la cara» (2017: 14:51).

Desde la perspectiva de la dominación, la ciudad es capaz de generar espacios alienantes, que obturen la posibilidad de la singularidad, de la emergencia de la creatividad, como dice Segato, que no permitan la posibilidad de hacernos preguntas críticas. El registro está íntimamente vinculado al paisaje con el cual nos relacionamos en el cotidiano, contraponiendo la ciudad plenamente construida con una urbanización pequeña, donde constantemente nos penetran las montañas, los ríos, la noche. Es un ejemplo de cómo algunos espacios, como la gran ciudad, son objeto de imposición de subjetividades molares de la modernidad, mientras que el habitar otros espacios que permiten una cotidianeidad diferente con la naturaleza, son habilitantes de una micropolítica creadora, vinculada al cuerpo, la naturaleza y lo subjetivo (Rivera Cusicanqui, 2015, 2018).

Como decíamos antes, el espacio impone un orden subjetivo, todo lo que se figura en la repetición cotidiana se naturaliza como costumbre, un elemento funcional a la dominación, en tanto lo que reconoce como similitudes a su vez imposibilitan la crítica y la acción. Es allí, donde la memoria y la subjetividad son capaces de aportar a prácticas «relativas al habitar a través de formas de acción [...]». La memoria desarrolla los mecanismos para que se formen los hábitos y da lugar a la transposición por analogía en diferentes contextos sociales» (Stavrides, 2016, p. 74).

Las costumbres tienden a coincidir con lo que el espacio concebido demanda o impone, lo que se construye como un orden urbano que, a partir de las experiencias duraderas en el espacio social y físico, se incorpora a nuestras subjetividades, lo que definirá Bourdieu (1988) como *habitus*. Se introyecta el sentido del orden urbano con sus reglas e incorporan las lógicas que regulan en un momento determinado la dinámica del espacio urbano en forma subjetiva o de mapas mentales. Estos procesos son formas de sujeción a las estructuras a través de dispositivos de poder sobre el territorio y sobre la población, un determinado régimen de lo urbano, mecanismos disciplinarios y de control, tales como las políticas urbanas de planificación, los códigos urbanos, planes de ordenamiento territorial, políticas habitacionales, o las políticas de control del espacio público.

Deleuze (1996) propone la transformación de las sociedades disciplinarias analizadas por Foucault (1976) por la noción de sociedades de control. Su crítica se basa en que, a pesar de que los mecanismos de encierro siguen existiendo (cárcel, hospitales, escuelas, fábricas, etc.), su efectividad se encuentra en crisis. Entonces, surgen los mecanismos de control continuo bajo lógicas de vigilancia: «Los encierros son moldes [...], mientras que los controles constituyen una modulación, como una suerte de moldeado autodeformante que cambia constantemente» (Deleuze, 1996, p. 249).

Entonces, para quienes habitan la ciudad, el orden subjetivo de estos regímenes urbanos, son perceptibles en tanto condicionan nuestra forma de vida y afectan nuestros cuerpos, pero no es necesariamente racionalizado, no son normas totalmente explícitas. Un orden molar genera determinaciones en un orden molecular, y un estudio micropolítico nos permite observar que relaciones se generan entre ambas escalas. Los procesos de producción de subjetividad nos definen como personas y son valiosos en la medida que, al realizarse, escapan de los saberes constituidos y de los poderes dominantes (Deleuze, 1996, p. 245).

Es decir, son vitales en tanto que la constitución como sujetos no sea un mero proceso de reproducción de subjetividades dominantes. Acontecimientos que, aunque sean moleculares, permiten escapar al control molar y generar nuevos espacio-tiempos. El proceso subjetivo es infinitamente diverso, las situaciones generadoras de rupturas son

múltiples y no necesariamente están vinculadas a lo estrictamente espacial. Stavrides menciona, por ejemplo, situaciones de catástrofe y advierte que cualquier situación trágica «provoca una perturbación decisiva y demoledora del curso de las costumbres. Dicha perturbación va unida a una suspensión del tiempo en el habitar. Esa experiencia provoca en nosotros la consciencia de una ruptura» (2016, p. 74), estimulando el reconocimiento de las costumbres como construcción social.

Un acontecimiento singular, como experimentar una situación trágica también supone una nueva experiencia espacial:

El espacio cambia; pasa a ser uno del que es difícil apropiarse, inhóspito. Experimentamos la ruptura temporal que marca el acontecimiento destructivo precisamente a través del espacio. La transformación del espacio en ajeno hace que sintamos el tiempo de la cotidianidad con extrañeza (Stavrides, 2016, p. 76).

El habitar cotidiano se irrumpe, se generan espacios críticos, y un sinfín de posibilidades que expresan singularidad. El habitar cotidiano *escapa del control*.

La subjetividad, entonces, abre varios puntos de contacto entre el espacio y las personas, recordando lo que mencionamos sobre la relación siempre presente entre subjetividad y prácticas, centramos también la relación espacio y sujeto en el habitar. Este último permite estudiar las prácticas cotidianas de las y los sujetos en relación al espacio y, particularmente, en su capacidad de agencia en tanto disidencia que cuestiona la dominación.

A modo de cierre. Disputa por el espacio: habitar disidente

Para Lefebvre (2013), la crítica al espacio, específicamente a la producción de espacio urbano, se sintetiza en dos dimensiones: por un lado, una crítica al urbanismo por su razón mercantil y tecnocrática a la hora de concebir el espacio, y por otro, la apropiación de ese espacio manifiesto en la noción de habitar. Incluso, en su reivindicación al *derecho a la ciudad* se encuentra la misma crítica a la enajenación del espacio de las sociedades modernas.

Esta última ha sido ampliamente retomada por las reivindicaciones en torno al espacio como bien común y de uso, tanto desde movimientos sociales urbanos, como por intelectuales que han argumentado

esas apropiaciones del espacio. Entre ellos, Harvey (2014) destaca el contenido crítico del sentido del *derecho a la ciudad* como una perspectiva que dista de contemplar un derecho individual –puesto que ha sido apropiada por algunas retóricas neoliberales–, y profundiza su sentido transformador y colectivo para «reinventar la ciudad de acuerdo con nuestros deseos» (2014, p. 20).

La perspectiva de la producción del espacio opone una producción racional dominante del espacio, a una potencia disidente de producción desde lo cotidiano, donde la primera tiene un carácter hegemónico, basada en una extrema modernización del territorio donde Estado y capitalismo se configuran como axiomas de ese proceso, privilegiando una mirada del espacio bajo una concepción moderna con carácter pasivo y de contenedor de objetos y sujetos, dominado por una razón cartesiana en la que prima la geometría y la técnica, distante de dimensiones sociales, de la experiencia y de la vida cotidiana.

De esta manera, en el universo del habitar encontramos a quienes intentan recuperar lo vital del espacio y resisten a la producción del espacio mercantilizado. Cuando en esa disputa por el espacio la acción de habitar encuentra prácticas concretas de resistencia, lo denominamos habitar disidente. Las prácticas cotidianas contienen la posibilidad de creación que, como dice Guattari, es siempre disidente. En un esquema de rizoma, la creación es siempre línea de fuga y allí reside el devenir revolucionario de las y los sujetos. Es una acción que resiste la serialización de la subjetividad y produce singularidad, que en el recorrido que proponemos esa capacidad no se encuentra aislada, por ello vinculamos a la subjetividad en tanto nos permite poner en conexión las diferentes instancias que se entranan en lo cotidiano, particularmente entre el espacio y las personas.

Entonces diremos que el espacio contemporáneo incide en la serialización de las subjetividades, generando procesos de alienación y achicando los márgenes que posibilitan transformar lo establecido. Pero, por otro lado, de manera menos evidente habilita a pensar que el espacio podría tener una función inversa, la de potenciar la producción de singularidad en las y los sujetos, por tanto las posibilidades de creación y de disidencia.

La pregunta que nos surge a partir de reconocer condicionamientos espaciales molares que constituyen una dimensión de la domina-

ción es: ¿qué puede un espacio?, inspirada en la pregunta que Spinoza realiza en relación con los cuerpos y la potencia que, en su perspectiva ontológica de la ética, los cuerpos siempre pueden algo, por tanto no existe una potencia no realizada. Más que buscar una respuesta, es un reto para comprender la potencialidad del espacio en la vida cotidiana de las personas.

En ese sentido, para abordar estas discusiones nos proponemos dejar abiertos dos ejes de reflexión que consideramos pueden ser observables desde el diseño y la noción de hábitat. En relación al primero, observamos que las críticas desarrolladas apuntan hacia la espacialidad moderna, particularmente a la ciudad que se consagra a partir de los parámetros de la modernidad. Ciertamente, si proponemos que una dimensión creadora de la vida se halla en resistencia a la serialización de la subjetividad, los dogmatismos universalistas que la modernidad promueve son un problema. Guattari dice que los objetos arquitectónicos y los objetos urbanos «adquieren su propia consistencia de enunciadores subjetivos» (2015, p. 48). Si bien ya mencionamos la constitución recíproca entre espacio y personas, el autor está haciendo énfasis en las responsabilidades estéticas, éticas y políticas de las y los diseñadores, urbanistas y arquitectos, a la hora de tomar decisiones sobre el espacio habitado. Esto nos abre un sinfín de problemáticas que exceden las posibilidades de este trabajo (el rol del experto, la participación colectiva en procesos de tomas de decisiones, el poder, la negación de formas de vidas, etcétera). No obstante, abre una primera aproximación sobre la relación de alienación o singularización entre personas y el espacio construido, y la incidencia de este último sobre esa relación, que nos lleva a la responsabilidad de quienes deciden sobre la configuración del espacio. Es decir, existe un grado de responsabilidad en la creación de espacios alienantes. Aquí, valdría la pena preguntarse por la consagrada arquitectura moderna y qué tipo de subjetividad promueven sus espacios simplificados al funcionalismo, despojados de ornamentos y de carácter universal.

Por otro lado, en estas reflexiones también podemos encontrar aportes a la noción de hábitat, la cual posee una fuerte vinculación con el desarrollo de este trabajo, particularmente con el espacio y la vida cotidiana, y que su recorrido histórico también deviene de relaciones

coloniales y de dominación⁵. Como dijimos, para referir a las prácticas a través de las cuales la disputa por el espacio encuentra formas de resistencia, acuñamos la noción de habitar disidente. En estrecho vínculo, aunque diferenciada, se figura la noción de hábitat procurando dar cuenta de una escala de mayor concreción que la de espacio, ya que consideramos que permite incorporar el debate por las prácticas espaciales, en otras palabras, el habitar. Observado desde la disputa por el espacio, nos interesa postular su sentido vital bajo la noción de hábitat que cristaliza los espacios para la vida. Siguiendo a Deleuze y Guattari, podríamos decir que la noción de hábitat se actualiza como la reterritorialización del habitar en un sentido integrador, amplio y transformador.

5 Por razones de alcances y espacio de este trabajo no desarrollaremos de manera exhaustiva el concepto de hábitat, a pesar de que su amplia trayectoria merece un trato particular. En trabajos anteriores hemos profundizado sobre su relación colonial (Martínez, Sesma, Vanoli, Quevedo, 2018), y aspectos vinculados a su integralidad y complejidad (Vanoli, 2018).

Referencias bibliográficas

- Álvarez Pedrosian, E. y Blanco, V. (2013). *Componer, habitar, subjetivar. Aportes para la etnografía del habitar. Bifurcaciones*, (15), Verano 2013.
- Benjamin, W. (2005). *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal.
- Bourdieu, P. (1988). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Canal Encuentro. (17 de octubre 2017). *Historias debidas VIII: Rita Segato* [Archivo de video]. Recuperado de https://youtu.be/kM-P21R_MQ1c
- De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano. El arte de hacer*. Tomo I. México: Universidad Iberoamericana.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1997). *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.
- Deleuze, G. (1996). *Conversaciones*. Valencia: Pre-Textos.
- Duhau, E. y Giglia, A. (2008). *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1976). *Las redes del poder*. Conferencia en la Facultad de Filosofía de la Universidad del Brasil.
- Gago, V. (2014). *La razón neoliberal*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- García, G. I. (2005) *La producción de la vida diaria. Temas y teorías de lo cotidiano en Marx y Husserl*. San José: Perro Azul
- Guattari, F. (2004). *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*. España: Editorial Traficantes de Sueños.
- (2013). *¿Qué es la ecosofía? Textos presentados y agenciados por Stéphane Nadau*. Buenos Aires: Editorial Cactus.
- Guattari, F. y Rolnik, S. (2013). *Micropolítica: cartografías del deseo*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Harvey, D. (2004). El «nuevo» imperialismo. Acumulación por desposesión. En *Socialist register*. Buenos Aires: Clacso.
- (2014). *Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Ediciones Akal.
- Heller, A. (1987). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Ediciones Península.
- Ingold, T. (2011). *Being alive. Essays on movement, knowledge and description*. Nueva York: Routledge.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- (2004). *Rhythmanalysis. Space, Time and Everyday Life*. Londres: Continuum
- (1991). *Critique of Everyday Life Volume I: Introduction*. Londres: Verso.

- Martínez, V., Sesma, M., Vanoli, F. y Quevedo, C. (2018). La Nueva Agenda Urbana. Las viejas relaciones coloniales. *Anales del III Congreso de Vivienda y Ciudad*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.
- Marx, K. y Engels, F. (1970). *La ideología alemana*. Barcelona: Ediciones Grijalbo.
- Massey, D. (2007). *Geometrías del poder y la conceptualización del espacio*. Conferencia en la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 17 de setiembre, 2007.
- Mumford, L. (1966). *La ciudad en la historia: sus orígenes, transformaciones y perspectivas*. Buenos Aires: Infinito.
- Pichon-Rivière, E. y Pampliega de Quiroga, A. (2012). *Psicología de la vida cotidiana*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión SAIC.
- Rivera Cusicanqui, S. (2015). *Sociología de la imagen. La mirada ch'ixi desde la historia andina*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- (2018). *Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Santos, M. (1996). *Metamorfosis del espacio habitado*. España: Oikos-tau.
- Soja, E. W. (2008). *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Stavrides, S. (2007). Espacialidades de emancipación y la «ciudad de umbrales». *Bajo el Volcán*, 7(11), 117-124. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.
- (2016). *Hacia la ciudad de umbrales*. Madrid: Akal.
- Vanoli, F. (2018). Hábitat como campo de disputa. Agenciamientos colectivos ante un sistema de dominación múltiple. *Cuaderno Urbano. Espacio, Cultura, Sociedad*, 24 (24) (Junio de 2018) 117-136. doi: <http://dx.doi.org/10.30972/crn.24242924>